

# La presunción de inocencia

## Del libro académico y el ensayo divulgativo

Íñigo García Ureta

Editor, escritor, traductor

A principios de este siglo alguien realizó una encuesta entre profesionales de la hostelería, con una pregunta muy clara: ¿cuál era el mayor progreso que habían encontrado en el desempeño de su actividad? La respuesta fue chocante: la mayor novedad no había sido Internet, con su capacidad para segmentar públicos y precios, vender más allá de nuestras fronteras a golpe de clic, hacer registro en línea o recibir un *feedback* instantáneo con un solo grado de separación, sino el buffet libre del desayuno. Porque, lo creamos o no, lo que los profesionales de la hostelería veían como mejora era que en los últimos años se podían ahorrar un par de camareros gracias a que ahora los clientes se bastaban para servirse ellos solos.

Sirva este ejemplo para mostrar que en ocasiones el mundo cambia a distinto ritmo para unos y otros. Y la industria del libro no es ajena a estas contradicciones.

Una prueba de ello es el influjo del libro académico en el ensayo divulgativo. Para poder explicarlo mejor, tal vez merezca la pena apuntar la diferencia entre el ensayo de toda la vida y un ensayo *académico*, que –avanzo– nos mostrará cómo en ocasiones la adición de un adjetivo convierte algo medianamente impreciso, aunque habitual, en otra cosa mucho más definida y rimbombante, pero ahora menos accesible. (Exactamente igual que lo que sucede cuando en vez de «vida» hablamos de vida *interior*, o cuando especulamos que el «pensamiento» a secas anida un par de escalones por debajo del *pensamiento crítico*.)

En última instancia, tanto un ensayo divulgativo como uno académico pretenden entablar un diálogo con el lector. Suscitar una conversación. Comu-

nicar. El contraste estriba en dónde sucede esa conversación. En el caso del ensayo divulgativo el diálogo se da a pie de calle. Así, tanto *Danubio*, de Claudio Magris, como *Musicofilia*, de Oliver Sacks, son considerados ensayos y sin embargo también se leerán como un libro de viajes o un relato con tintes médicos. Todo el mundo está invitado a asomarse.

A diferencia de esto, la prioridad de un autor académico no es tanto llegar lejos como cubrir sus pasos, porque por tradición la conversación académica no transcurre a pie de calle, sino en un tribunal. Aquí ya no importa lo que puedes contar, sino lo que puedes *probar*, y de ahí la avalancha de citas y referencias bibliográficas. Así, es probable que de existir una tesis doctoral sobre la influencia de la narrativa de Elias Canetti en la obra *Danubio* aprendiéramos bastante poco sobre Bulgaria, pero lo que es seguro es que ahora sabríamos ubicar todas las citas del autor de *Auto de fe* con la pericia del más obstinado de los bibliotecarios.

¿Importa? Claro que importa. Porque ese aparato de notas al pie, con su profusión de citas y referencias bibliográficas, ocupa mucho espacio. De ahí que lo primero que salte a la vista en un ensayo académico es su aspecto en página, similar al de una lasaña: capas y capas de sedimentos donde la historia queda interrumpida por un aluvión de pruebas destinadas a ratificar la veracidad de cada detalle expuesto. Como el sello oficial que, al caer en mitad de la página, nos impide leer los términos de un contrato.

No tener la capacidad para encontrar fuentes no invalida el peso de un recuerdo. Ni de lo leído. Al igual que los sucesivos fregados no logran impedir que el té deje una pátina amarillenta en la cara interior de una taza muy usada, así el olvido logra también colar un rastro en nuestra memoria. Lo comento, porque tengo muy presente que el suceso que voy a proceder a contar sucedió, pero no logro recordar ni en qué año, ni el nombre de la autora, ni el lugar donde la escuché hablar, aunque sí acierto vagamente a intuir que debió de ocurrir a finales del siglo pasado en una sala de conferencias bilbaína, y que quien lo afirmó fue una novelista argentina que acaso había escrito una obra sobre una tragedia marítima, tal vez decimonónica. Del resto, recuerdo (o mejor sospecho) que alguien debió de preguntarle por el modo en que se había documentado para su novela, y cómo ella expuso que, de todo lo que había leído y estudiado, el manuscrito final contenía apenas un diez por ciento, porque, aseguró:

–Si un libro es como un edificio, la documentación es el andamio que levantamos para esculpir su fachada. Y, de ser sincera, queda feo que tras tanto

esfuerzo el andamio siga ahí, ocultando lo que ahora debería quedar a la vista de todos.

En una era en la que es posible realizar búsquedas en un documento electrónico que harían palidecer a cualquier índice onomástico de la vieja escuela, inmersos en una realidad donde las fronteras de lo que era un libro y cómo podía viajar han quedado ensanchadas por la revolución digital, muchos profesionales siguen pensando que el verdadero progreso es lastrar los libros que imprimimos con cientos y cientos de notas que, como barras de un andamio, entorpecen nuestra visión, con la excusa de probar que todas y cada una de las palabras que ofrecemos son veraces.

Y esto, en última instancia, es responsabilidad de la editorial. Nadie duda de la intención del autor: esa persona debe justificar que sus afirmaciones son legítimas, acreditar que no se saca nada de la chistera. Pero el resultado no podría ser más risible: notas al pie con hipervínculos de cuatro líneas cuya utilidad supera en muy poco la de un desfibrilador en un cementerio vacío, por mucho que una acotación nos recuerde que alguien revisó dicho *link* el 14 de mayo de 2021. Referencias a páginas consultadas en inglés de obras de las que al parecer se desconoce que fueron en su día traducidas al español. Bibliografías infladas que superan el medio centenar de páginas en una obra de apenas trescientas.

Más arriba he afirmado que lo que durante décadas entendimos por ensayo era algo impreciso, aunque común. También tenía otra cualidad, nada desdeñable: era un género que respetaba la presunción de inocencia. Como en la vida real, quien cuestionara las palabras allá contenidas debía también demostrar la culpabilidad de lo expuesto, y no al revés: a nadie se le pasaba por la cabeza que quien firmaba aquella obra tuviera que establecer cada una de sus coartadas en el mismo libro.

Porque el libro debía ser edificio. No andamio.

Hoy tenemos herramientas para continuar la conversación que todo ensayo propone, y de hacerlo mucho más allá de sus páginas. La revolución digital nos ha facultado con páginas web, *newsletters*, redes sociales. No nos hace ninguna falta interrumpir cada dos por tres la conversación, máxime cuando ésta se desarrolla en un libro en papel. En la segunda década del siglo XXI, podemos echar mano de algo infinitamente más atractivo que el equivalente a un buffet del desayuno.